**xxxxxxxxxxxxxxxx**

Desde pequeñas hemos sido bombardeadas con frases como: “hay que cuidar el tesorito”, “tienes que guardarte para el hombre de tu vida”, “….” . En fin, estas solo son algunas de las frases que nos trastocado el cerebro durante nuestra niñez, adolescencia y –quizá- temprana juventud. Es decir, hemos sido expuestas al inagotable discurso de la pureza. Esa manta sagrada que –en teoría- debería permanecer hasta el matrimonio. Aquella que evoca nostalgia –si es que brilla por su ausencia-y se remite a tu tesorito, a aquello que debe ser llevado puro al matrimonio y por el cual debe ser guardado bajo llaves: la virginidad. Resulta extraño que a fines del siglo XIX se siga predicando este anticuado –y quizá pasado de moda- discurso.

Es incómodo y xxxxx crecer y que nuestros padres –principalmente- afirmen la importancia de preservar la virginidad femenina hasta el matrimonio como si no existiera ningún otro destino. Es decir, ese discurso que nos obliga a mantener ese sello de garantía que nos hace inflar el pecho y es símbolo de honra femenina. Sin embargo, para los hombres, la cuestión es diferente. ¿Es que acaso resulta normal encontrar en nuestra sociedad limeña un muchacho casto de 20 años? Extraño pero no necesariamente imposible. En Perú, y más exactamente en Lima, después de cierta edad la virginidad de los hombres es signo de una masculinidad dudosa. Criollamente llamado cabrito, pero específicamente llamado: gay.

Así, sobre la falta de actividad sexual se montan una infinidad de significados sobre las personas. , sobre su calidad moral y su experiencia que sirven para que se juzguen a sí mismos y a otros u otras según normas ajenas a su propia experiencia y forma de pensar. Sin embargo, para el Arzobispo de Lima y Primado del Perú, [Cardenal Juan Luis Cipriani](http://www.aciprensa.com/Cardenales/cipriani.htm) Thorne “la castidad es un don, un regalo y no es una represión como dicen algunos”, sostiene respecto a este trastocado tema. La Biblia nos dice: “Huíd de la fornicación cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; más el que fornica, contra su propio cuerpo peca" (1 Corintios 6:18). Saquémonos la venda de los ojos. Existe una clara disociación entre la representación de la virginidad para las mujeres y quebrar el acto sexual para el hombre. De acuerdo a la encuesta Nacional de Hogares ENAHO-98 realizado por el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) indica que el 7.6% de mujeres se iniciaron sexualmente entre los 10 a 14 años, el 34.9% entre los 15 a 17 años y el 24.6% entre los 18 y 19 años. Donde el 67.1% de mujeres, esto es dos de cada tres mujeres, tuvieron su primera relación sexual en la adolescencia. En el caso de las mujeres, la condena se fundamenta en que la actividad coital premarital de las mujeres sería una mancha y una contaminación, mientras que para los muchachitos, la masculinidad requiere pruebas, entre las cuales está el coito vaginal durante la adolescencia. Para nosotras, las damiselas, lo que se condena es la existencia misma del deseo sexual de las mujeres, mientras que para los jóvenes, lo que se mandata es el coito, independientemente del deseo.

Esta claro que durante la adolescencia, esa edad de …. Y está ausente el derecho a decidir sobre el propio cuerpo y sus placeres. Si bien hombres y mujeres somos sujetos de vigilancia de nuestros deseos y placeres, las consecuencias son desiguales para cada sexo. En México, los hombres jóvenes tienen su primer coito vaginal entre los 15 y los 17 años en promedio, dentro de relaciones ocasionales y sin que les siga necesariamente el matrimonio o la cohabitación. En cambio, las mujeres tienen su primer encuentro coital entre los 17 y los 19 años, generalmente con su novio o esposo, con quien se unen en un lapso muy corto (Szasz, 1998). Esto demuestra que, aunque la prohibición del coito para las mujeres no es respetada universalmente, éste estaría condicionado a la conyugalidad y limitaría la libertad de las jóvenes para explorar su erotismo fuera de relaciones formales.